LUNA CRECIENTE

Sentía su corazón latir aceleradamente. Podía oírlo en el silencio y era lo único que le indicaba que estaba realmente viva en este lado de la realidad. Sabía que no estaba sola, compartía con otros, que, como ella, habían quedado atrapados en este pueblo decadente, dueño de una belleza magnética, a pesar de todo. Aunque el paisaje se parecía a aquellas fotos antiguas que había visto del planeta Marte, y la vegetación comenzaba temerosa, a aparecer nuevamente entre los valles y colinas, los atardeceres seguían siendo hermosos y le hacían viajar hacia el océano, donde imaginaba al sol agonizante, esconderse cada día.

La entristecían los recuerdos de aquella flor amarilla que la vigilaba desde fuera de su ventana todos los veranos de su infancia, el sabor del chocolate caliente en los inviernos, la fuerza del viento y el mar en la cara, el ruido de los grillos en la noche y el llanto de Maurice, su hermano pequeño. Nunca más volvió a escuchar el llanto de un niño. La idea del futuro la aterraba.

Su madre, una alemana hippie que conoció a su padre unos cuantos años antes de que todo estallara, había decidido llamarla Luna, simplemente Luna. No recordaba su apariencia, pero sí su canto lejano en un idioma desconocido. Su abuelo, decía que, si la luna tenía poder sobre las mareas e incluso sobre el largo de nuestro cabello, ella tendría el poder de cambiar el mundo, el mismo que se había retrocedido mil años por la ambición de unos pocos y el silencio de muchos. En su cabeza, el planeta se había reducido a su aldea y a los días interminables, la lluvia y la escasez, el hambre y el miedo.

Su padre había alcanzado brevemente a enseñarle el valor del conocimiento y le había legado algunos recuerdos familiares, que se hacían cada vez más difusos. Era un hombre pacífico, culto, un libre pensador. Había estudiado medicina en su país, donde nunca pudo ejercer en medio de golpes de Estado y revueltas políticas al que él no veía sentido. Sobrellevaba con dignidad y tristeza el destierro. Era de aquellos médicos sencillos, con vocación genuina. Su prioridad y también su mayor debilidad, eran sus pacientes y sus familias, especialmente las más vulnerables. Siempre se negó a que un robot, aunque fuera perfectamente capaz de examinar y diagnosticar, hiciera su trabajo. Quería escuchar, sentir, experimentar un poco del dolor ajeno para sentir que aún estaba con vida. Solía lamentarse por la automatización de la medicina y la total erradicación de la pasión y el compromiso que demostraban sus colegas. Siempre decía que el despojo de lo que nos hace exclusivamente humanos destruiría nuestra esencia y nos haría intrascendentes. Cuando perdió la batalla comenzó lentamente a marchitarse.

Conoció a la madre de Luna por casualidad, en una conversación improvisada en una biblioteca, en una época en que la humanidad había sobrepasado sus expectativas y había avanzado sin mirar atrás, en una carrera contra el tiempo y sin medir las consecuencias. La inmediatez, la rapidez, la falta de comunicación real cara a cara y el dominio de la tecnología habían cambiado no solo el modo de relacionarse y trabajar, sino que paulatinamente apagó las emociones y encendió la necesidad de sobresalir y aparentar. En apariencia el mundo evolucionaba y se desarrollaba, pero no era así. Cuidar el planeta, la casa de todos, no era importante. De él Luna había aprendido la compasión, la empatía, en respeto por el entorno y el apego a la tierra, a echar raíces profundas y vivir con intensidad. Aunque su realidad era ahora pequeña y, aunque su cerebro le pidiera continuar viviendo, su corazón no podía seguirle el paso.

Desde esos años en que vio luchar a su padre, todo pasó muy rápido. Cinco años bastaron para todo. Inestabilidad, caos y guerra. Luna fue una de tantas víctimas silenciosas, que crecieron sin sueños ni esperanza. Luego vino lo peor, pero lo que sucedía no era sorpresa.

Habían sido siglos de devastación y sobreexplotación, extinción y muerte. A sus cinco años, Luna había visto morir a sus padres y hermano, y a otros tantos millones. Desde aquel momento su familia fue su tribu, un grupo de desconocidos que habían hecho de la desgracia una familia, y su abuelo, la única conexión con su historia. Era la última, la más joven.

Cada noche su cabeza daba mil vueltas imaginando otras aldeas, otros abuelos y otras Luna. Incomunicados, aislados, sobreviviendo. Pensaba el peso de ser la última y de cómo se prepararía para ver morir a todos. O peor, el sufrimiento de su abuelo si ella dejaba este mundo antes que él. Ella no sabía de ambición, no conocía la envidia, el mal, la codicia o la necesidad de poder. ¿Qué dejaría al morir? ¿Qué se sentiría morir en soledad? ¿A qué debía dedicar sus últimos años? ¿Con quién compartiría la alegría de ver a la tierra, noble como es, recuperarse tímidamente después de la destrucción? ¿A quién enseñaría sobre insectos y conejos? ¿A quién traspasaría el legado de su sangre? Y se preguntaba ¿por qué? Hacía años, luego de alcanzar el periodo más brillante y creativo de la historia, de pensar que lo tenían todo y nada podía salir mal, las sociedades se fueron volcando hacia adentro, haciéndose cada vez más herméticas y egoístas, y sin necesidades o proyectos comunes, la paz perdió sentido.

Al llegar a su apogeo la humanidad había perdido el rumbo y su esencia, como tantas veces antes. La igualdad se transformó en regla, se desvaneció la individualidad, la creatividad, la iniciativa y con ello todo lo construido. Sin la voluntad y la necesidad de evolucionar la sociedad se estancó y la economía se contrajo, la cultura quedó en el pasado. Las fronteras volvieron a marcarse con firmeza y dejando atrás el sueño global. Faltaban recursos, y el comercio se debilitó. Nadie podía aspirar a más. Las guerrillas en las fronteras habían destruido fábricas y arrasado con campos, poblados y sembrados. Los avances tecnológicos y científicos se habían quedado en los libros, como teorías que pronto se tornaron en mitos y creencias. Lo único que aún abundaba era el agua y su posesión terminó por profundizar el conflicto. A nadie sorprendió que la tierra se rebelara y mostrara su fuerza brutal, aquel día en que todo desapareció entre sus fauces o bajo el mar. Solo unos pocos sobrevivieron a la decadencia e intrascendencia en que había caído la raza humana. Todos lo asumían como un castigo. El hombre traspasó los límites y la tierra respondió.

“Nos lo merecíamos”, pensaba Luna. Su abuelo le contaba historias sobre películas y libros que imaginaban futuros distópicos, apocalípticos, pero ninguno se acercaba a la realidad. Todo lo que sucedió fue mucho peor, más lento, menos extravagante. Las máquinas no se rebelaron, la IA no se volvió contra los hombres, no se descubrieron nuevos mundos. Frente a la inmensidad del conocimiento y la falta de conciencia, la deshumanización se expandió como una enfermedad mortal. El hombre, en su inconmensurable egolatría, pensó que él y su mundo eran eternos. Sin embargo, a pesar de las mil preguntas que rondaban en su cabeza, a Luna no la torturaban los pensamientos grandilocuentes de épocas remotas, le quitaba el sueño su propia falta de futuro y el peso de ser la última, la resignación de no ver nacer y crecer nadie más y la incertidumbre de que con ella muriera la última entre los hombres.

Cuando el abuelo moribundo le sostuvo la mano, por primera vez en mucho tiempo Luna lloró, se deshizo en lágrimas y se asustó. El momento que tanto temía llegó. La muerte tocaba nuevamente

a su puerta. La embargaba una emoción intensa, que llenaba su ser y la hacía sentir viva, pero miserable a la vez. Y como tantas veces se preguntó ¿qué significa realmente ser humano?.

Habría aprendido todo lo poco que pusieron enseñarle, pero nadie entendía cómo se sentía ser la última, la más joven, la dueña del legado. En su mundo no se permitía sentir, la prioridad era sobrevivir. Pero ella anhelaba volver a vibrar y con ello, devolverle a su especie la capacidad y la libertad de experimentar el amor, la alegría y la tristeza. En los largos inviernos pasaba horas reflexionando sobre el poder de la naturaleza. Solía pensar en ella como un ser enorme pero bondadoso y paciente, que raramente se enojaba, pero que cuando lo hacía reaccionaba con una fuerza sin precedentes, capaz de matar y destruir. Aprendió por instinto a respetarla, como a una madre.

Estaba convencida de que el clima era el reflejo del estado de ánimo de este planeta, del que sabía tan poco. Su único refugio era la imaginación, viajar dormida a lugares remotos y verse a sí misma desde el cielo. Ver el sol era prácticamente imposible y con cada rayo, ella volvía al pasado, a su infancia y a la última mariposa que vio posarse en su ventana. Cuánto lamentaba no haberla visto sin un vidrio de por medio.

Sentía que lo único que la mantenía en este mundo era su lazo con la tierra, latiendo al mismo ritmo, naciendo y muriendo cada día. Observaba a su alrededor y a pesar de la devastación, se maravillaba con la grandeza de la vida creciendo al costado de un pequeño arroyo y la fuerza de los árboles que permanecía de pie, cuyas ramas y sombra les permitían pasar los días y las noches a salvo.

Sin embargo, había comenzado a dudar de la existencia de las flores. Las dibujaba constantemente como queriendo traerlas a su mundo. Las buscaba a su alrededor y jamás logró ver una, entre la maleza que lentamente comenzaba a extenderse por los campos. Sabía que en el momento en que viera una flor podría darse el derecho de tener esperanza.

Quería aprender, saber, entender y encontrar respuestas que jamás podría enseñar a otros. En su mochila roñosa, se asomaba siempre la tapa de un libro, el único que recordaba, que leyó y relejó mil veces. Un regalo de alguien desconocido, un tesoro sin dueño que adoptó con responsabilidad y que ayudó a llenar esos días sombríos y oscuros. En la portada podía leerse un título deslavado: "El mundo de Sofía" era la historia de una niña que un día recibe un mensaje anónimo que preguntaba ¿quién eres tú? Se reía en silencio y tímidamente ante la complejidad de dar una respuesta en su mundo, tras el caos, la destrucción, la guerra y el miedo. Y solía decir simplemente, "soy la última", como si eso la definiera o fuera un karma que la perseguía.

Como Sofía, quería descubrir su lugar en el mundo y saber si realmente estamos controlados por el destino, un Dios o si podemos actuar libremente y definir nuestro camino, incluso ella, cuyo mundo se había reducido a una aldea.

Muchas veces lloraba por haber sobrevivido y dejaba salir la rabia contenida hacia quienes vivieron antes que ella. No comprendía cómo algo tan bello y único había sido casi aniquilado por la ambición, condenándola a morir en soledad. Sabía que el universo era inmenso y cuando lo pensaba se sentía pequeña. Y dentro de su escaso conocimiento llegó a comprender que la guerra y la destrucción comenzaron cuando los hombres dejaron de sentirse pequeños, cuando frente a

la naturaleza dejaron de sentirse vulnerables. Fue ahí cuando aquello que nos hace humanos comenzó a desaparecer. Así fue, como algunas veces lo escuchó de su padre.

Luna comenzó a rebelarse frente a su realidad y a negarse a aceptar su destino sin ver, sin escuchar, sin sentir. Quería vivir, entender y reivindicar a los suyos. Durante años, y sin mucho que la atara a su pueblo – aldea, emprendió un viaje solitario. Se preocupó de ir dejando pequeños mensajes y reflexiones escritas en papel explicando quién era y expresando su deseo de que hubiese otros como ella. Recolectó objetos, probó nuevos sabores, se adentró en ciudades solitarias y peligrosas. No encontró nada ni a nadie, solo a sí misma.

Durante largos años, mientras veía la tierra resurgir, Luna envejecía. Aprendió a convivir con la soledad, pero jamás con la muerte. Vio morir a tantos y estuvo tantas veces al borde del precipicio. Ya no sentía latir su corazón como antes, se iba apagando lentamente como un reloj que pierde su cuerda. El día de su muerte, sola frente a un lecho de agua, y junto a su último aliento, vio como una pequeña flor amarilla surgía de la tierra. En ese momento supo que todo estaría bien. Sin duda, había otros y el peso de ser la última se fue para siempre, con la eternidad. Mientras su vida se extinguía en sus oídos suavemente retumbaba una frase de Sofía: “a quien le toca la lotería de la vida también le toca la de la muerte. Pues la condición humana es la muerte”.